
HABLADME EN ENTRANDO

Personas que hablan en ella:

- **Don PEDRO de Bustos**
- **Don ALONSO**
- **Don DIEGO Hurtado de Mendoza**
- **JUANCHO, vizcaíno**
- **Doña ANA Hurtado de Mendoza**
- **RODRIGO, criado**
- **Don LUIS Hurtado de Mendoza**
- **TORIBIA, labradora.**
- **LUCÍA, criada**
- **MENDO, viejo labrador**
- **SANCHO, su hijo**
- **MÚSICOS**

ACTO PRIMERO

Salen don PEDRO de Bustos y don ALONSO, su amigo, de noche, con MÚSICOS, por una parte, con un CRIADO con una escala, y por otra don DIEGO Hurtado de Mendoza, de camino, con botas y espuelas, y JUANCHO, vizcaíno, cargado con el cojín y la maleta en la cabeza, ridículamente vestido. Arrímanse a una parte, y mientras cantan vayan paseando el tablado don PEDRO y don ALONSO

MÚSICOS: *"Si no velaran mis ojos
no celebraran las dichas
de los que durmiendo matan,
de los que matando hechizan.
Si no durmieran los tuyos,
glorificaran su vista
los palpitantes despojos
de las más seguras vidas.
¡Ay, ay, qué desdicha!
A quien mira su alma, deja sin vida."*

ALONSO: ¡Extraño recogimientol

PEDRO: ¡Doña Ana, doña Ana!

DIEGO: Avisa,
Juancho, al mozo que las mulas
aleje donde, escondidas,
aguarden, y vente luego.

JUANCHO: ¿No las asas y las pringas;
aún no llegas, ya las tienes
currucamientos?

DIEGO: Ves aprisa.

JUANCHO: ¿Tienes gana de comer?
¿Cómo no las necesitas?
Juancho, matas holandeses
y ya que piensas venías
juras a Dios a matar

holandeses del barriga.
 ¿Cantadorean detienen?
 ¡Al diablo les das venida!

Vase JUANCHO

DIEGO: Ya que nos trujo la suerte
 cuanto piadosa propicia
 en tan dichosa ocasión,
 encubramos esta esquina
 hasta ver de estos galanes
 el intento.

ALONSO: ¿Qué? ¿Porfía
 la doncellaja?

PEDRO: Es de suerte,
 que regalos y caricias,
 dádivas que son de amor
 la mayor artillería,
 pasando necesidades,
 no han bastado a persuadirla
 a que le niegue al honor
 lo que su sangre le dicta.
 Vengo resuelto...

DIEGO: (Esto es malo.) *Aparte*

PEDRO: ...a escalar...

DIEGO: (Función indigna *Aparte*
 de un pecho hidalgo.)

PEDRO: ...su casa,
 si piadosa no acredita
 con ternera los favores
 que me debe, pues me anima
 mi amor, mi agravio, la noche,
 no tener quién me lo impida
 por estar su hermano ausente
 en esta ocasión.

ALONSO: Pues mida
 tu gusto su voluntad,
 que a tu lado estoy.

Sale JUANCHO

JUANCHO: Retiras
mulas al mozo, la guardas
en un callejón metidas,
gruñes mozo, mulas dije
no comen paja vizcaína,
no sabe de burlas Juancho
darle en coz en la barriga;
confesión pides, bien puedes
ser su confesor.

DIEGO: No impidas
con tus voces la ocasión
que, piadoso, en mis desdichas
me ofrece el cielo.

ALONSO: ¿Mejor
no fuera, si pretendía
tal rompimiento tu amor,
que, sin despertar vecinas,
curiosos linceos de noche,
parleros duendes de día,
te valieses del silencio?
Porque la música avisa
a los descuidados ojos
y a la vecindad incita
a curiosidad.

PEDRO: No, primo;
porque primero querría
ver si puedo con ternezas,
con músicas, con caricias,
ablandar este imposible
dulce hechizo de mi vida.
Si me ofreciese esperanzas,
más piadosa, más rendida,
que entreteniendo deseos
paguen finezas debidas,
iré engañando temores,
y si en prudente porfía
se resiste, atropellando

respetos del oprimirla
a que por fuerza mitigue
mis pasiones.

ALONSO: Pues prosiga
tu gusto su intento.

PEDRO: Canten,
y a aqueste balcón te arrima
para obligarla a que salga
si se resistiera.

DIEGO: Mira,
Juancho, que no te divisen.

JUANCHO: Juras a Dios que barriga
tienes junto a puerta falsa
y resuello que le quitas.

MÚSICOS: *"Abre, pues, divina aurora,
esa oriental celosía,
saldrá para el cielo el sol
y para mi noche el día."*

PEDRO: ¡Ah doña Ana! ¡Ah dulce dueño!
Abre, pues mi amor te anima.

MÚSICOS: *"Rayos fulminan tus ojos
que, a un tiempo matan y miran.
¡Ay, ay, qué desdicha!
Que quien mira sin alma deja sin vida."*

*Sale doña ANA Hurtado de Mendoza a la
ventana*

ANA: Caballeros, si lo sois,
pudiera la cortesía
moveros a no infamar
los blasones que autorizan
estas antiguas paredes
que, aunque ausentes, vivifican
los Hurtados de Mendoza,

solar de esta casa antigua.
 ¿Qué pretendéis desluciendo
 el honor que me acredita,
 a quien el sol presta rayos
 y a quien el cielo da envidias?
 ¿Qué fineza en mí habéis visto,
 qué señales, qué premisas
 de mal nacidos deseos,
 de esperanzas mal perdidas?
 Caballeros que pretenden
 con apariencias fingidas,
 si pensáis que antiguos bandos
 y enemistades antiguas
 han de amedrentar mi honor
 para que su fuerza os rinda,
 no debéis de haber mirado
 que alientan la sangre mía
 de los Hurtados Mendozas
 las no manchadas reliquias;
 idos luego de la calle,
 o por las luces divinas,
 que en escuadras mal formadas
 mis pretensiones animan,
 que en defensa de mi honor,
 que en mi pecho se acredita,
 rayos fulmine mi diestra,
 aborten mis ojos iras.

JUANCHO: Dicho lo dicho señora,
 firme como vizcaína;
 Juancho tienes, tente en buenas
 Curtusca perra judía.

Va a salir y don DIEGO le detiene

DIEGO: Juancho, detente. ¡Bien haya
 quien a los suyos imita!

JUANCHO: ¡Juras a Dios...!

PEDRO: Ana hermosa;
 cánsate de ser esquiva

con quien hoy se obliga a honrarte
dándote para que vivas
hacienda, no te resuelvas,
y advierte que si porfías
no estimando ofrecimientos
ni acreditando caricias,
que, forzado del amor
que mis deseos animan,
alborotando memorias
que muertos hoy resucitan,
me arrojaré...

ANA: ¿Cómo es eso?

PEDRO: ...a que por fuerza...

ANA: No digas
razones que, imaginadas,
ofenden antes que dichas.
¿Tú has de atreverte a violar
el solio donde autoriza
mi castidad su pureza,
mi virtud su esencia misma?
¿No te cansan altiveces?
¿No te ofenden demasías,
que ocasionando a mi padre,
le forzaron a que viva
ausente, si ya no es muerto,
dejando al tuyo sin vida
por desmentirle?

PEDRO: Doña Ana,
esas memorias me animan;
abre, o llegaré una escala,
pues hacerlo facilita
no tener reja el balcón.

ANA: ¡Que esto los cielos permitan!
¡Villano! ¿Con tal vileza
piensas lavar el antigua
mancha de tu casa?

DIEGO: ¡Ah pesia!

JUANCHO: ¿Qué pesia, que te imaginas?
¿que le aguardas, que no sales,
y ¡zis, zas?

PEDRO: Apercebida
 la traigo, llegadla aquí.

Llegan la escalera al balcón

ALONSO: Abre, acaba.

ANA: ¡Fementida
 canalla! Si no del suelo,
 del cielo aguardo justicia.

PEDRO: ¡Oh, pesia tanta paciencia!

Sube don PEDRO

ANA: ¡Justicia, cielos!

JUANCHO: ¡Maldita,
 ánima seas! ¿qué esperas?

*Sale JUANCHO y apártale don
 DIEGO*

DIEGO: Quita, aparta. Bien podía.
 Baje acá, hidalgo, aunque miento;
 que quien con mujeres libra
 las venganzas de su espada
 tiene mucho de gallina.

Baja don PEDRO de la escalera

Considerere que esta casa
 es, según tengo noticia,
 de un Hurtado de Mendoza
 A quien la fama acredita
 con valerosas hazañas;
 de quien, si acaso se olvida,
 dará entera relación
 el luto de la capilla

adonde su padre yace;
 mudo ejemplo que le avisa
 que no se atreva soberbio
 a derramar valentías
 con quien por mujer no tiene
 fuerzas para resistirlas.
 ¡Por cierto, brava facción;
 empresa honrosa y altiva;
 venganza bien satisfecha,
 y a poca costa adquirida!
 ¿Con una dama rigores?
 Mas no es mucho--¡por mi vida!--
 que valientes de alfeñique
 tomen venganzas de almibar.
 Esta sí--¡cuerpo de Dios!--
 era acción bien parecida,
 con propia sangre ganada
 y a estocadas adquirida,
 no con mujeres. Acaben,
 dejen la calle.

ANA: ¿Hay tal dicha?

.....

PEDRO: Hombre o diablo, ¿quién te obliga
 a que incites mi rigor?

ANA: Hombre o ángel, ¿quién te envía
 a que mi casa defiendas?

DIEGO: Sólo la razón me incita.

ANA: Señor, ¡zis, zas!

PEDRO: Si eres loco,
 presto tendrá tu osadía
 el castigo con la muerte.

ALONSO: ¡Matadle! ¡Muera!

Embisten todos con él

DIEGO: Oprimida
 la cólera por los ojos,
 ardientes rayos conspira.
 Diego Hurtado de Mendoza

soy, canalla.

ANA: ¡Hermano!

DIEGO: Grita,
que a castigar mis ofensas
el mismo cielo me envía.

PEDRO: ¡Muera, matadle!

JUANCHO: ¡Zis, zas!
¡Muera esta perra judía!

*Métenlos a cuchilladas don DIEGO y
JUANCHO*

ANA: ¡Dios te libre!

Dentro

PEDRO: ¡Muerto soy!

ALONSO: Huyamos.

CRIADO 1: A la justicia
llamen.

Salen don DIEGO y JUANCHO

JUANCHO: ¡Juras a Dios, liebres,
si aguardas hago cecinas!

DIEGO: Muerto queda.

JUANCHO: Ya le mueres,
patadas des en el Chinas;
confites pides.

DIEGO: ¡Hermana!

ANA: Diego, ¿estás herido?

DIEGO: Aprisa,
échate por esa escala.

ANA: Ya me arrojo.

JUANCHO: Escucha, mira;
si tienes algo que comas,
arroja.

ANA: No.
 DIEGO: ¿Que eso pidas?
 JUANCHO: ¿Ni vino?
 ANA: Tampoco.
 JUANCHO: ¡El diablo
 juras Dios, que caminas!
 DIEGO: Juancho, las mulas volando
 saca de León aprisa
 al camino de Rioseco.
 JUANCHO: ¿En ayunas?
 DIEGO: Qué, ¿aún porfías?
 JUANCHO: Lleva el diablo las muelas
 que tienes si no ejercitas.

Vase JUANCHO. Hablan dentro

UNO: Saquen luces a esas rejas.
 OTRO: A don Pedro--¡gran desdicha!0--
 han muerto.
 OTRO: Por aquí van.
 DIEGO: La confusa vocería
 nos cerca; ponte en mis brazos,
 que en la diligencia estriba
 nuestro remedio.
 ANA: ¡Ay de mí!
 Hermano, salva tu vida,
 que yo no importo.
 DIEGO: Acabemos.

Cógela en brazos

¡Adiós, pues, ciudad antigua;
 adiós, casa solariega,
 que mis pasados tenían
 por defensa, por sagrada,
 que mi fortuna me obliga
 que deje vuestras paredes!

Dentro

UNO: Por acá.

DIEGO: Mas si porfía
Diego Hurtado de Mendoza,
que sus blasones no olvida,
clavará un clavo en su rueda
por que pare en sus desdichas.

*Vanse. Salen don LUIS Hurtado de Mendozay RODRIGO,
criado, y otros de camino; don LUIS con hábito de
Calatrava*

LUIS: Rodrigo, dile al cochero
que por allí era mejor,
que éste es mal paso.

RODRIGO: Señor,
sabe...

LUIS: Rodrigo, no quiero.
Déjame ver este campo
que ha veinte años que dejé.

RODRIGO: La noche lo impide.

LUIS: A fe
que adonde la planta estampo
he venido más de dos
veces a cazar, y allí
diviso, sí, ya la vi,
la casa...¡Válgame Dios,
cuánto me alegro de vella!
...de placer de don Rodrigo.
Fue mi verdadero amigo;
todo el tiempo lo atropella,
pues murió en la juventud
de su edad, buen caballero,
de cuya desdicha infiero
que también en la quietud
llega presto el ramalazo
de la muerte. Este arroyuelo

me ha servido de consuelo.
 Ya a León corto pedazo
 nos queda. No hay una legua
 si ya no me acuerdo mal.

RODRIGO: Sabe, pues, que es arenal
 este que pisamos.

LUIS: Tregua
 pone al cansancio el gozar
 de estos árboles y fuentes,
 cuyas honradas corrientes
 aun no saben murmurar.

Cuando pasé por aquí,
 mis hijos, aun por criar,
 sin madre a quien apelar
 de mi ausencia, iba sin mí.

La yegua que me llevaba
 dos mil veces maldecía,
 y al paso que ella corría
 mi corazón arrancaba.

¡Cuántas veces por los dos
 hijuelos quise volver!
 Y lo hiciera a no tener
 temor y respeto a Dios.

Envidia a tener llegara
 del muerto, y al mismo punto
 su rostro helado y difunto
 recelé que me llamaba.

Veinte años ha que partí
 de esta ciudad, y otros tantos
 ha que entre tristeza y llantos
 a mis desdichas nací.

No he sabido de mi casa
 en este tiempo, y de mí
 no han sabido.

Dentro

UNO: Por aquí.

OTRO: Seguidlos.

DIEGO: ¡Ah, suerte escasa
que me persigues!

LUIS: ¿Qué es esto?

RODRIGO: Como ya va amaneciendo
un hombre admiro corriendo,
señor, hacia aqueste puesto.

LUIS: Voces distintas escucho.

Dentro

OTRO: Ataja; por aquí van.

Salen don DIEGO con doña ANA

DIEGO: ¿Dónde, desdichas, irán
mis pasos? Pero no es mucho,
si de vosotras nació,
que me persigáis. ¿Qué es esto?
En más peligro estoy puesto;
ya la esperanza perdí.

ANA: Diego, procura librarte.

DIEGO: Sin ti, ¿cómo he de poder
dejándote a perecer?

ANA: El corazón se me parte.

LUIS: ¿Quién va allá?

DIEGO: Un cuerpo sin alma
a quien persigue la muerte,
y como el alma le falta,
aunque le mate, no muere.
Mas ¿quién lo pregunta?

LUIS: Un alma
que a buscar su cuerpo vuelve,
que ha días que le perdió
y no vive hasta tenerle.

DIEGO: La risa de la mañana,
que sólo en esto parece

que me es el cielo propicio,
 ilustre señor, me advierte
 vuestro venerable aspecto;
 que aquesas sondas de nieve
 son el iris que bonanza
 a mis naufragios promete.
 Esa cruz que os cruza el pecho
 me anima, porque no puede
 pecho con tan nobles armas
 no ser piadoso y prudente.
 Soy noble, aquésta es mi hermana;
 mujer sabia, ilustre y fuerte,
 afrenta de las pasadas,
 envidia de las presentes;
 de vos me atrevo a fiarla,
 seguro que un noble siempre
 de honor favorece y honra
 a quien del quiere valerse.
 Si vais a León, os pido
 que procuréis que no lleguen
 a vengarse mis contrarios
 con su infamia o con su muerte,
 metedla en un monasterio;
 si vais a otra parte, denme
 vuestros labios la noticia,
 para que, si el cielo quiere
 librarme, vaya a serviros.

LUIS: Caballero, tiempo es éste
 en que no importan palabras;
 el rey me ha hecho mercedes,
 en premio de mis servicios,
 de que en Oviedo gobierne
 su distrito, y voy ahora
 a tomar posesión; quede
 por mi cuenta la opinión
 de esta señora, que en este
 punto la he constituido
 por mi hija, y aunque pese
 al mundo, la he de amparar
 aunque mil vidas perdiese.

Con esto partid seguro;
mirad que llega la gente.

DIEGO: Guárdeos el cielo.

LUIS: Acabad,
avisadme a Oviedo.

DIEGO: Queden
mis esperanzas con vos,
que si el tiempo les concede
a mis desdichas alivio,
que me prodiguen y ofenden,
Diego Hurtado de Mendoza
pagará tantas mercedes.

Vase don DIEGO

LUIS: ¿Cómo, cómo? Aguarda...

RODRIGO: Al viento
en la ligereza excede.

LUIS: ¡Válgate Dios por rapaz
lo que has crecido!

ANA: Que llegue
a vuestros pies no os asombre
quien ya por su padre os tiene.

LUIS: Tomad, señora, mis brazos,
que, como padre, os ofrecen
defenderos y serviros.
¿Cómo os llamáis?

ANA: Si mi suerte
me hubiera dado ventura,
de noble sangre decidiendo,
Ana Hurtado de Mendoza.

LUIS: Ea, las lágrimas no pueden
dejar de salir. Rodrigo,
ve al punto que el coche espere
y mete aquesta señora
en él, y por que no lleguen
a conocerla, un volante
cubra su rostro, y advierte
al cochero, si llegasen

a reconocer, que siempre
digo que es doña Ana mi hija
y que al camino atraviere
de Oviedo, que no he de entrar
ya en León.

ANA: El cielo aumente .
tu vida.

RODRIGO: Vamos, señora.
¡Confuso voy!

Vanse doña ANA y RODRIGO

LUIS: ¿Qué me quieres
Fortuna? ¿Cómo dispones
mis desdichas de esta suerte?
¿Cuando pensé que venía
entre los brazos alegres
de mis hijos, los apartas
de mis ojos y previenes
otras mayores desdichas?
Cánsate ya de ofenderme.
Bien me pareció el rapaz,
alentado es y valiente,
es hijo de buena madre.
¿Qué le obligará que deje
su casa? ¡Qué confusión!
Dios te libre y Dios te lleve
a mis ojos. La rapaza
es como un oro y parece
varonil. ¡Dios me la guarde!

Dentro

UNO: Ataja, que ya está cerca.

OTROS: Por aquí, por aquí.

*Sale JUANCHO con dos frenos y la espada
desnuda*

JUANCHO: Llevas
el diablo quien tanto corres.

LUIS: ¿Quién va allá?

JUANCHO: Un hombre que tienes
mucho gana de comer
y menos de que le cuelgues.

LUIS: ¿De quién huyes?

JUANCHO: De gallinas
plumas escribanos tienes,
garras tienes alguaciles,
alones tienes corchetes,
y cuerpo tienes soplones,
mulas quitas lo que sientes
el freno arranco y les dejo
sin timón que les gobierne.
¿Tienele pan su merced?

LUIS: Sin duda criado es éste
de Diego. Decid, soldado,
si acaso decir se puede:
¿servís a don Diego Hurtado
de Mendoza?

JUANCHO: Mi amo es ése,
aunque pese al mundo.

LUIS: ¡Ah noble
nación! Pues no es tiempo aquéste
de dejarle; aquesta bolsa
tomad, amigo, y diréisle
que su padre se la envía.

JUANCHO: Su padre ha mucho que mueres.
¿Qué diablos dices?

LUIS: Andad,
que yo sé bien que él me entiende;
atravesad ese monte,
que esos riscos que pretenden
ser columnas en que estriban
del hemisferio los ejes
le esconden.

JUANCHO: Pues ¿hacia dónde

cámina?

LUIS: A mí me parece
que a Oviedo.

JUANCHO. ¡Juras a Dios
que si no vienes la muerte
que le tienes de seguir,
aunque el diablo se le lleve!
Mas sin bebes y sin comes;
buen consejo me parece
poner el freno del mula,
así entretendrás los dientes,

*Pónese un freno delante y otro
detrás*

Juancho, y el hambre también.
Ya el uno puesto lo tienes
y esotro póngole aquí,
que, pues no comes ni bebes
ya pues de nada le sirves
hasta que el tiempo le llegues,
bien es, Juancho sin ventura,
que ambos agujeros cierres.

Vase con los dos frenos

LUIS: Ya el coche va atravesando.
Diego, Dios te libre y lleve
a mis brazos y a mis ojos;
Ana, venturosa suerte
te dé el cielo por que entrambos
seáis en dolor tan fuerte
el báculo de mi vida
y el descanso de mi muerte.

*Vase. Sale TORIBIA con capa aguadera, a lo
asturiano, y con agujjada, y LUCÍA, su criada, de la misma
suerte; haya ruido de carretas y cantará LUCÍA al son*

del ruido de la carreta

LUCÍA: *"Que ya as doncelas de León
libertadiñas son.
O rey Mauregato,
menguado y traidor,
al cordobés moro
en feudo las dio.
Dios nos guarde el rey
que las libertó
que ya as doncelas de León
libertadiñas son."*

TORIBIA: Locía.

LUCÍA: ¿Qué mandas?

TORIBIA. Ten
esos güeyes aguidados
y pazcan en esos prados
sin las coyundas también.
Échales heno.

LUCÍA: El mohino
en la laguna bebió;
pero luego que acabó
la echó por otro camino,
aunque poco más sobida
de color.

TORIBIA: Mis güeyes son,
Locía, en toda ocasión,
de condición muy comprida,
si un arroyo se desata
y beben por su decoro,
al punto pagan en oro
lo que bibieron en prata.
Cuando los hace cosquillas
el prado alegre y sutil,
si le comen peregil
le vuelven albondiguillas.
Cuando de esta sierra el rizo
de la nieve el hielo afila
y a estas faldas se destila
con perpetuo romadizo.

si de cualquiera manera
abrigo los damos luego,
tortas nos dan para el huego
de bizcocho de galera.

Corteses por maravilla
son siempre, si en mi conciencia,
que hacen una reverencia,
que quiebran una costilla.

Todas las virtudes se hallan
en ellos, pues, divertidos,
son güenos para maridos
que sufren, comen y callan.

LUCÍA: Esto de ser saterica,
¿cuál diablo te lo ha enseñado?

TORIBIA: Cualquier villano es lletrado
si a las malicias se aprica.

Desunce los güeyes.

LUCÍA: Voy.
Verá lo que hace el bragado
zagüey.

Vase LUCÍA

TORIBIA: En aqueste prado
me asiento, cansada estoy.
¡Válgame Dios que es de ver
amanecer la mañana
con su capote de grana
cuando juega al esconder
el sol, que aún no conocido
con halagos lisongeros,
mos viene haciendo pucheros
tembrando y recién nacido!
¡Válganme en esta ocasión
todos los siete durmientes!

*Échase al pie del monte a dormir, y dice LUCÍA
dentro*

LUCÍA: ¿Qué toyes? ¡Ruego en los dientes
zagüey con la maldición!

Canta LUCÍA

*"Las tres periñas do ramo--joy!--
son para vos meo amo."*

*Mientras va cantando asoma por lo alto de un monte
don DIEGO, lleno de polvo y mirando abajo*

DIEGO: Ya apenas puedo mover,
valor, los cansados pasos;
no sé por dónde descienda,
que sois tan fragosos y altos,
que incontrastables os miro
y os admiro temerarios.
Con las nubes competís
y así podéis alabaros
de que en tan alto habéis puesto
un hombre tan desdichado.
Si esta senda permitiera,
por dicha, bajar al llano,
fuera alivio de mis penas.

Va bajando

Parece que ha abierto paso
el cielo a mis desventuras;
algún arroyo ha dejado
esta mal formada senda;
gente parece que abajo
asiste; unos bueyes miro
paciendo, y allí cantando
está un pastor. Llamar quiero,
quizá llevará un bocado

de pan. ¡Ah, pastor amigo!
¡Hola! ¡Ah, pastor!

Recuerda

TORIBIA: ¿Quién diabros
 mos corrompe el sueño?

DIEGO: ¡Cielo!
 ¡Parece que estoy soñando!

TORIBIA: ¿A quién gritas o qué quieres?

DIEGO: Zagala, que esos peñascos
 parece que por deidad
 para mi bien te guardaron,
 sabe, pues, que vengo huyendo
 de mí mismo; porque traigo,
 por sombra de mis acciones,
 la desdicha de mis hados.
 Nací en León, donde anoche,
 apenas recién llegado
 de Cádiz, donde a mi rey,
 resuelto y determinado
 quise ofrecerle mi vida
 por víctima de mis años,
 arriesgada en su defensa,
 en el furioso rebato
 que el inglés le presentó,
 bien a costa de su daño,
 al fin llegando fue fuerza
 que, intentando hacerme agravio,
 a un caballero le diera
 muerte; siguiéronme cuantos
 parientes tiene y también
 la justicia, háme guardado
 el cielo para que ahora
 viniese a dar en tus manos.

TORIBIA: Afligido caballero,
 a buen puerto habéis llegado;
 bajad, no tengáis temor,
 que por los cielos sagrados,

que a quien intente ofenderos,
 que a quien presuma enojaron,
 como si fueran gorriones
 los mate con ese palo.
 Estas montañas habita
 mi padre, un noble serrano;
 es dueño de cuanto miran
 vuestros ojos, que esos pagos
 todos le rienden tributos
 y le sustentan ganados.
 Tiene dos hijos, que somos
 yo y Sancho Díaz mi hermano.
 Vengo ahora de León
 de vender en esos carros
 la manteca y el carbón
 uno prieto y otro blanco,
 ca cá non damos concetos
 como allá los cortesanos.
 Sentaos, que seguro estáis
 y comeréis entre tanto,
 que allá en casa se os aliña
 algún loco regalo
 pan y queso, que aquesto es
 el más sabroso en el campo.
 Sentaos y descansaréis.

*Siéntase y saca de las alforjas pan y
 queso*

DIEGO: Sólo con veros descanso.

TORIBIA: Pues si descansáis con verme,
 id comiendo y descansando,
 que yo me pondré aquí enfrente.

DIEGO: En vos, sin duda, juntaron
 la piedad y la hermosura
 mucha gracia en pocos años.

*Come. Sale JUANCHO por lo alto de otro monte con los
 frenos puestos*

JUANCHO: ¡Juras a Dios que esta tierra
 es buena para milanos!
 Campo lleno de verrugas,
 ¿cuándo llegarás al llano?
 Tú, Juancho, ya que no comes,
 cantando siéntate un rato.

*Siéntase y canta mirando
 abajo*

"¿Quién quieres pan que lo arrojo,

tres días ha que no como?"

DIEGO: ¡Vive Dios que aquella voz
 la conozco! ¡Juancho, ah, Juancho!

JUANCHO: ¿Quién llamas Juancho? ¿Qué es esto?
 [-a-o]

DIEGO: Juancho, baja, que aquí tengo,
 que comas.

JUANCHO: Estáis soñando,
 pues no tienes por adónde
 mejor bajarás rodando.

Échase a rodar

¡El diablo llevas el frenos!
 Las narices me he quebrado.

DIEGO: ¿Cómo los traes así?

JUANCHO: No es tiempo para contarlo;
 hartaré pan y después
 dirélo. ¿Quién te le ha dado?

DIEGO: Esta serrana piadosa
 que hoy ha de ser nuestro amparo.

JUANCHO: ¡Oh, serrana panadera!
 Deja besaré el zancajo.

TORIBIA: Levantaos, Juancho, comed;
que después podréis besarlo.

Sale LUCÍA

LUCÍA: Ya es hora, si te parece,
que nos vamos. ¡San Hilario!
¿on hombres estás, Toribia?

TORIBIA: Calla, que es un hombre honrado,
caballero de León,
que, huyendo por ciertos casos,
llegó triste y afligido
nor entre esos riscos altos
a pedirme pan; y a fe
que lo hubiera perdonado,
porque no sé qué cosquillas
siento en el alma.

LUCÍA: Es gallardo.
¿Y estotro quién es?

TORIBIA: Estotro
diz que es Juancho, su criado.

LUCÍA: Pues, Toribia, a Juancho alojo,
porque si hubiera arrebatado
adonde muriese Ero,
es bien que muera Leandro.

.....

En el alma encaramado
le tengo ya.

JUANCHO: ¿Qué me dices?
Hasme un puchero.

LUCÍA: Y aun cuatro.

JUANCHO: Si le tienes algo dentro
comeremos un bocado.

LUCÍA: ¡Alto, a subir!

JUANCHO: Vamos, pues.
(¡Matada me llevas, Juancho! Aparte
¿Al diablo le das amor?)

Vanse LUCÍA y JUANCHO

DIEGO: No eres para panciflcos.

TORIBIA: Ya unce Locía, ven
y no me engañes.

DIEGO: Si engaño
te hago, muera, Toribia,
a tus bellísimas manos.

TORIBIA: ¡Qué de embustes, qué de enredos
hechiceros cortesanos,
algún diabro os trujo aquí!

DIEGO: ¿Queréis darme una mano,
que estoy cansado?

TORIBIA: Y aun dos.

*Ásense de las manos, y va TORIBIA tirando de
él*

(¡Ay Dios, qué blancos pedazos Aparte
de ñeve; no sé qué siento
parece que estoy temblando,
y a un tiempo mismo parece
me acucian con gozo y llanto,
aquí, en los ojos, cosquillas;
aquí, en el pecho, milanos.)

Vanse asidos

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

ACTO SEGUNDO

Salen TORIBIA y LUCÍA

TORIBIA: Como digo de mi cuento,
en la carreta sobió
cansado, y lo que pasó
prega a Dios que sea en descuento
de mis pecados, amén:
porque cuando me miraba
blandos ojuelos me echaba,
más que fruta de sartén.

Yo, que estaba corrompida,
queriendo desimular,
aun no le osaba mirar
vergonzosa y encogida,
y con palabras fulleras
comenzándome a agarrar,
pardiez, que quería pasar
de las burlas a las veras.

Yo, que turbiada miré
al mozo, con bravo ahínco
rempujéle, y con un brinco
de la carreta salté.

Llegamos a casa, al fin,
él triste, yo mesurada,
que este honor, esta nonada
es de los gustos mal fin.

Mal haya su opiñón vana,
pues, en casos diferentes,
les hace hacer a las gentes
lo que no tienen en gana.

LUCÍA: Crudelia fuiste con él,

Toribia, sí en mi verdad,
que un pecilgo no es maldad
que corrompió el arancel.

 Mi Juancho hué más cortés,
en la carreta sobió,
y a la larga se tendió
encaramando los pies
 sobre una estaca, y mohino
porque el vino le faltó,
al columpio se durmió
roncando como un cochino.

 Nuesa carreta chillaba
y él, al paso que groñía,
el contrabajo llevaba.
Yo pasé muy malos ratos
 porque, como era a porfía,
todo junto parecía
una capilla de gatos:
la carreta el ponedor
 donde los libros están,
el pértigo el sacristán
que los vuelve alrededor,
y porque esto viene a punto,
 una capilla tan brava
el un güey les enseñaba
con la cola el contrapunto.

TORIBIA: Padre viene.

*Salen MENDO, viejo, y SANCHO su hijo, de villanos, y
RODRIGO, don LUIS y doña ANA*

LUIS: El coche queda
a la falda de esos riscos,
a quien coronan lentiscos
y apacible murta enreda.
 Es tan fragoso el camino,
que por él precipitado,
siendo mirador del prado,
fui de las nubes vecino.

Viendo imposible el remedio
 en fortuna tan crüel,
 sacar a mi hija de él
 tuve por más sano medio,
 y al fin con ella en la yegua
 vengo a que le encaminéis.

MENDO: Bien presto verle podéis,
 que aun no hay un cuarto de legua.

Sancho, salta en la tordilla
 y por el collado abajo,
 le guía por el atajo
 que pára en la fuentecilla
 del Olmo, que por allí
 vendrá a placer.

SANCHO: A eso voy.

Descansad, mientras que doy
 a vuestro cuidado así
 sosiego, hermosa señora.
 Si el coche cuidado os da
 no lloréis, porque vendrá
 presto. (¡Por el coche llora! Aparte
 ¡Quién fuera coche! ¡Ay de mí!)

MENDO: Sancho: vuela, acaba pues.

SANCHO: (De promo tengo los pies Aparte
 después que estos ojos vi.
 ¡Voto al sol! Ojos serenos,
 si es que el coche os causa enojos,
 que os traiga el coche en mis ojos
 y esto será lo de menos.)

Vase SANCHO

LUIS: Hija, divierte el cuidado
 que tus tristezas te dan,
 que yo espero que tendrán
 consuelo presto.

ANA: Si enfado
 os causa, señor, el ver
 afectos del corazón,

son hijos de una pasión
a quien no puedo vencer.

Si un bien solo que tenía,
cuando apenas le gocé,
ya su muerte contemplé
y entre su muerte la mía,
que celebre no os espante
con lágrimas mi dolor.

TORIBIA: (A ésa le hirió el Amor Aparte
pues trae dolor semejante.)

¡Para Dios, que no tengamos
algo en que entendedel, Locía.

MENDO: Descansad, por vida mía,
aquí esta noche.

LUIS: No vamos
para sosegar, que ponen
de aquí a Oviedo cinco leguas.

MENDO: Poned al cansancio treguas,
pues mis venturas disponen
que tenga esta humilde choza
todo el bien que ha deseado.

LUIS: Un afligido cuidado
mal con temores reposa:
hoy a Oviedo he de llegar,
que, como os he dicho, allí
voy a gobierno.

ANA: ¡Ay, de mí!

MENDO: Alto, pues; haz aliñar,
Toribia, algo que comer.

LUIS: ¿Es hija?

MENDO: En casa nació
y mi mujer la parió,
y entonces había de haber
dos años que nos casamos.

LUIS: Buenas señas.

MENDO: Llega acá,
mochacha.

LUIS: Razón será,
cuando en vuestra casa estamos,
señora, que nos mandéis

en que os podamos servir.

ANA: No procuréis encubrir
dos mil gracias que tenéis.

TORIBIA: ¿Dos mil gracias? ¿Soy la cuenta
de perdón?

LUIS: ¡Donosa ha andado!

ANA: Sois tan bella que he dudado
si alabaros es afrenta,
porque alabanza no cabe
en la perfección mayor.

TORIBIA: ¡Alabáme vos, señor,
que no hay acá quien me alabe!
De esta suerte, padre, vos
alabá aquesta señora;
decidle que es sol y aurora
y estaremos dos a dos.

LUIS: ¿Quién es esotra serrana?

LUCÍA: ¿Quieren alabarme?

TORIBIA: Sí;
también habrá para ti.

LUCÍA: Alaben hasta mañana,
no doy más que esto.

LUIS: El despejo
aumenta más su hermosura.

TORIBIA: Acá nos requiebra el cura,
pero es amante a lo viejo;
para toda la semana
tiene requiebros bastantes,
que, como los estudiantes,
los enjugó una mañana.
Los días de carne diz
que es nuestro rostro hechicero,
más sabroso que el carnero,
más tierno que la perdiz.
Los sábados no hay morcilla
que esté al humero segura,
es nuesa boca asadura,
nuesos ojos pajarilla.
Mas yo, a mi mal entender,
he llegado a pergeñar

que él pide con requebrar
lo que quijera comer.

..... [-eta]

..... [-osa].

ANA: Vos sois discreta y hermosa
y en las dos cosas perfeta.

MENDO: Rapaza, ¿quién te ha mostrado
aquesas bachillerías?

LUCÍA: Ellas vienen con los días,
que, aunque mos hemos criado
con las cabras y los güeyes,
en buena conversación
entre estos riscos que son
su corte, si ellos sus reyes,
también sabemos habrar.

LUIS: Donosa es la labradora.

MENDO: Entrad, hermosa señora,
donde podáis descansar,
que a fe que vendréis cansada.
Mochachas, a componer
lo que habemos de comer.

LUCÍA: La olla está aderezada.

MENDO: Asa un poco de jamón;
Toribia, ve a la cocina,
haz matar una gallina,
y si no mata un capón.

LUCÍA: ¿Qué capón han de matar?
¿Hamos de matar aquí
lo que hamos criado?

Llora

MENDO: Sí.
¿Por aqueso has de llorar?

LUCÍA: Herodes de esos capones
han sido esos caballeros.

TORIBIA: Calla, no hagas pucheros.

LUCÍA: No he de sufrir sinrazones...

TORIBIA: Dalos a la maldición.

Locía, parte a matallos,
que hay capones que son gallos
en llegando la ocasión.

LUCÍA: Eso siento si lo dudas,
que es quedar, aunque lo abones,
quitándoles los capones
muchas gallinas viudas.

TORIBIA: ¿Ónde el mi querido hué?

LUCÍA: Como acabó de almorzar,
cansado, se entró a acostar,
y durmiendo le dejé.

Él mi Juancho en el pajar
ronca como un descosido.

TORIBIA: Esta ninfa ca venido
ma dado que sospechar.

No quijera que lo vea
¡Prega a Dios!

LUCÍA: ¿Qué pregas?

TORIBIA: ¿Qué?

Vamos y te lo diré;
prego que orégano sea.

Vanse las TORIBIA y LUCÍA

LUIS: ¿Y ha mucho que estáis aquí?

MENDO: Más de treinta años habrá
que aquesos presumo que ha
que para vivir nació.

Mas esto no es para ahora,
entremos en casa.

LUIS: Vamos.

MENDO: Puesto que no merezcamos
veros alegre, señora,
entrad y descansaréis.
Comeremos un bocado.

ANA: En aqueste verde prado
os suplico me dejéis
un rato por divertir
con sus flores mi tristeza.

MENDO: Pensión es de la belleza
 tener siempre que sentir.

LUIS: Ana, procura alegrarte;
 conmigo estás y yo soy
 quien fe y palabra te doy
 que no tengo de faltarte
 aunque mil vidas perdiera.

ANA: Mi sentimiento, señor,
 no pone duda en tu amor.

LUIS: Sabe el cielo que quisiera
 tu contento y tu quietud
 más que el mío; si, ¡por Dios!
 Vamos, señora, los dos.
 (¡Quién pudiera esta inquietud Aparte
 consolar! Mas no conviene.
 Hija, callemos, quizá
 el callar importará
 al remedio que previene
 mi amor en tan triste suerte,
 pues no siendo conocido
 valdré a mi hijo querido
 librándolo de la muerte.)

Vanse MENDO y don LUIS

ANA: ¡Buen lance habemos echado!
 Tras de tantas desventuras
 que en mi daño mal seguras
 ni cesan ni se han cansado,
 yo he llegado
 a la desdicha mayor,
 pues cuando esperé favor
 para mis daños,
 hallo de súbito en años
 recién nacido el amor.
 Cuando, huyendo de mi suerte,
 infelices pasos daba
 y tímida tropezaba
 en los brazos de la muerte
 --¡trance fuerte!

¡triste estrella! ¡adverso hado!--
 advierto en mi triste estado
 --¡qué rigor!--
 que es la desdicha menor
 morir para un desdichado.

Sale SANCHO

SANCHO: Ya por quebrarle los ojos
 a quien os le pudo dar,
 el coche truje a pesar
 suyo. Cesen los enojos,
 que en despojos
 de tan celestial pintura,
 le pediré a mi ventura
 por favor
 que ya que me dió el amor,
 no me niegue esa hermosura.
 ¡Pardiez! Si he de hablar verdad,
 bien se me puede creer
 que sois la primer mujer
 que rindió mi voluntad,
 y pensad
 que me siento tan glorioso
 en este lance amoroso,
 que he creído
 que siendo vuestro vencido
 he quedado victorioso.
 ¡Mala Pascua me dé Dios
 si en el punto que os miré
 de la suerte no dudé
 cuál fue mayor en los dos!
 Admiro en vos
 una perfección discreta,
 por miraros,
 que la vista más perfeta
 entre prodigios tan raros
 se exhala como cometa,
 y quisiera preguntar,

porque deseo saber,
 ¿cómo enseñáis a querer
 a quien, nunca supo amar?
 Que es de admirar
 que a tantos en las cadenas
 enlacen a manos llenas
 vuestros labios
 a cuchilladas de agravios
 y a puñaladas de penas.

ANA: Quien tan bien sabe decir
 lo que desea explicar,
 si es que no ha sabido amar,
 ¿cómo ha sabido sentir?
 Séos decir
 que si os falta sentimiento,
 que en tan amargo tormento
 puedo enseñaros
 a sentir con obligaros
 sintiendo lo que yo siento;
 y si es que acaso es verdad
 que os debo alguna afición,
 débaos en esta ocasión
 gozar de esta soledad.

SANCHO: Ordenad
 lo que fuéredes servida;
 la obediencia me convida,
 porque espero
 que conozcáis lo que os quiero,
 pues me aparto de mi vida.

*Vase SANCHO. Salen por otra puerta don DIEGO y
 JUANCHO*

DIEGO: No he podido sosegar,
 Juancho, porque considero
 la poca seguridad
 que en aquesta casa tengo.
 Mis contrarios me persiguen
 tan furiosos y soberbios,

que de esos riscos umbrosos
 habrán contado los senos.
 No sé qué remedio intente.

JUANCHO: Al diablo le das remedio
 y pulgas le das al diablo,
 que en aquel pajar tenemos
 hoy pulga--¡juras a Dios--
 que piensas que eres barbero
 y pes pega un picotazo
 que dejas a Juancho muerto.
 Pulga hay que bien puede ser
 con cordel mozo de ciego;
 una pulga reverenda
 toda vestida de negro,
 piensa que es fraile benito
 que te sales del convento.
 ¡Muerto vienes, pobre Juancho!

*Asómase TORIBIA al paño con un asador
 en la mano*

TORIBIA: ¡Mal sosiega el pensamiento!

De la cocina me salgo
 y a mi padre en ella dejo,
 que un quillotro no me deja
 poner los pies en el suelo.
 Huí en busca de mi querido
 y no está en el aposento;
 mas helos adonde están.

DIEGO: Éste es el mejor consejo,
 a Madrid parto esta noche
 si me dejan. ¡Ana!

ANA: ¡Diego!

Abrázanse

¿Es posible que mis ojos
 tan, gran ventura tuvieron?

TORIBIA: (¡Concertáme estas medidas!) Aparte

DIEGO: No creerás a qué buen tiempo
te ven los míos, doña Ana.
Sin duda ha querido el cielo
dar consuelo a mis desdichas
con tu vista.

JUANCHO: ¿No merezco
que Juancho besas tus manos?

ANA: ¡Juancho! Los brazos es premio
muy corto de tus servicios.

TORIBIA: (Para todos hay refresco. Aparte

¡Qué socorrida mujer!
¿Qué haré, que rabio de celos?)

ANA: No habrá una hora que llegamos,
porque ignorando el cochero
el camino, nos perdimos
después de varios sucesos,
que en esos montes pasamos
esta noche, hasta que el cielo,
con la luz de la mañana,
nos dio en esta casa puerto.
En ella os halló ventura,
que sólo pudiera serlo
entre tan grandes desdichas
como nos siguen; bien veo
que os ha de añadir disgustos
lo que contaros pretendo,
pero acudo al menor daño.
Diego, aqueste caballero
en cuyo poder quedé
no me agrada, porque es cierto
que goza de la ocasión,
como otros muchos lo han hecho.
Desde que me vio la cara,
con ternezas, con requiebros,
apretándome las manos,
dando suspiros al cielo,
me ha declarado su amor,
aunque con término honesto.
Es poderoso, y va a ser

governador en Oviedo,
 cosa que puede animarle
 a conseguir sus intentos.
 Pues la suerte os trajo aquí,
 no conviene ni quiero
 que en su poder me dejéis.

DIEGO: ¡Ea, desdichas! ¡A un tiempo
 todas juntas, que ya es hora
 de cumplir vuestros deseos!
 ¡Matadme, que poco falta!

JUANCHO: ¡Llévese diablo por viejo!
 ¡Juras a Dios que le tienes
 las propiedades del puerco!

TORIBIA: (¡Hemos negociado bien!) Aparte

DIEGO: ¡Alto! Vamos al remedio,
 que las determinaciones
 son hijas de los discretos.
 No quiero que con él vayas
 ni que te quedes, que es cierto
 que aquí no has de estar segura.
 Esta noche, en el silencio
 de su oscuridad, sin dar
 a ninguno cuenta de esto,
 te prevén, que he de llevarte,
 tomando por instrumento
 de las muchas de ese prado,
 dos yeguas, hijas del viento,
 para hacerlo.

JUANCHO: Ya le tienes
 juras a Dios lindos frenos
 y yo sabes donde hay sillas,
 y por el corral podemos
 echarlas.

DIEGO: Bien lo has pensado.

TORIBIA: (Muy buen despacho tenemos. Aparte
 ¿No hay son echar y freír,
 como si fueran buñuelos?)

DIEGO: A las diez en esta puerta
 has de estar, porque al momento
 que Juancho ensilla las yeguas

nos vamos.

ANA: Bien lo has dispuesto;
pero, porque la Fortuna
no atropelle mis deseos,
cuando las tengas a punto,
háblame en entrando recio,
porque á la voz te conozca.

DIEGO: Bien dices, y por más cierto,
será el hablarme en entrando,
la seña.

ANA: De aqueese acuerdo
quedamos.

Sale RODRIGO

RODRIGO: Ya está esperando
la comida. ¡Santos cielos!
Señor, ¿en aquesta casa?

DIEGO: Así el cielo lo ha dispuesto;
¿dónde está vuestro señor?

RODRIGO: Aquí esperando le dejo
a mi señora doña Ana
para comer.

DIEGO: Vamos luego,
que quiero besar sus manos.

RODRIGO: Será excesivo el contento
que tendrá con vuestra vista.

DIEGO: (Mayor le tuviera entiendo Aparte
de no verme.) Ven doña Ana.

JUANCHO: (Juancho, vamos allá dentro; Aparte
buena noche se te espera
trotando por esos cerros
como ahora, y harta el tripa,
que quizá le vendrá tiempo
en que cuando quieras carne
matarán al carnicero.)

DIEGO: Lo dicho, dicho, doña Ana.

ANA: Y lo dicho, dicho, Diego.

JUANCHO: Dicho lo dicho, barriga.

Vanse, dejando a TORIBIA sola

TORIBIA: "Hábrame en entrando," pienso
 caquesta noche ha de ser,
 sin duda, mi finamiento.
 ¡Qué bien lo amasó el traidor
 que con fingidos requiebros
 embaducar pretendía
 los mis sencillos deseos!
 ¡Qué he de hacer, triste de mí,
 que me espachurran los celos!
 ca cá dentro juegan cañas,
 siendo la praza del cuerpo.
 ¡Llorad tristes ojuelos,
 que Amor os tira y son sus frechas celos
 y por sentir las que os están tirando
 decí, Toribia, así, "hábrame en entrando."

Sale LUCÍA

LUCÍA: Toribia, padre te llama.
 ¡Verá el diablo lo que ha hecho!
 ¿El asador te trajiste?
 No me ha quedado abujero,
 tizón, artesa, vasar,
 horno, cocina, humero,
 espetera, despensilla,
 que he perdido el sufrimiento
 buscándole. ¿No respondes?
 ¿Qué tienes que haces pucheros?

TORIBIA: Tengo un bien que no me entiende,
 tengo un mal que no le entiendo.
 ¿Has vido al ninfo y la ninfa
 juntos?

LUCÍA: Sí.

TORIBIA: Pues eso tengo.

LUCÍA: Ya de comer acabaron;

y ella, desmayos fingiendo,
diz que se quiere acostar,
y yo la cama le he hecho
en la cámara de arriba.

TORIBIA: Ya esos desmayos entiendo.

¡Mal desmayo le dé Dios!
Pues se acuesta, ocasión tengo
para corromper sus gritos
y para lograr mi intento.
Procura tú desnudarla
y con sutil fingimiento
los vestidos que le quitas
los trascuela a mi aposento
con secreto, que me importa.

LUCÍA: ¿Qué es lo que has de hacer con ello?

TORIBIA: Calla, y haz esto que digo.

LUCÍA: Callo, y hacerlo emprometo.

TORIBIA: Al cura le oí decir
que vestido de pellejos
le hurtó la bendición
un Jacome al heredero
de ella; y ansí pienso hacer,
que esa ropa será el vello
que la bendición que busco
magarre por los cabellos.

Vanse. Salen don DIEGO y don LUIS

LUIS: Si estáis determinado
no será porfiaros acertado.

DIEGO: Yo estoy agradecido
al gran amor que en vos he conocido;
llámanme obligaciones
que no puedo excusar.

LUIS: Las ocasiones
que pueden suceder mirad primero,
que es la hermosura un enemigo fiero
y a quien la adversa suerte
tanto le dio, camina hacia la muerte
con mayor brevedad.

DIEGO: (Ese deseo... Aparte

en sus palabras ya su intención veo.

¡Que no le haya obligado
siendo noble el haberle confiado
mi honor! ¡Pierdo el sentido!

LUIS: Que, en efecto, señor, solo y perdido
huyendo de la muerte,
¿os queréis encargar de aquea suerte
de una mujer hermosa?
No lo acertáis, y, adviértoos una cosa,
por el hábito santo
de San Benito, a quien venero tanto;
por la sangre heredada
tan limpia y noble como desdichada,
que estaba en mi poder esa señora
más bien guardada que no queda ahora,
y quererla llevar no os lo aseguro;
no me habéis conocido, que yo os juro
que a conocerme...

DIEGO: (¡Ay cielos, Aparte
sin duda al viejo le atormentan celos!
Me he desengañado
del falso trato que conmigo ha usado.)
En mi poder está...

LUIS: No está.

DIEGO: ¿Qué es esto?

LUIS: ¡Dañosas rapazadas! ¡Alto, presto!
Pongan el coche y vamos.

RODRIGO: Ya está puesto, señor.

LUIS: ¿A qué aguardamos?

Quedaos con ella que, por vida mía,
que os acordéis de mí quizá algún día...

Llévola yo a mi casa...

(¡Ay, hija amada, el alma se me abrasa!) Aparte

...venís a quitarla

de quien le daba honor! ¿Queréis llevarla
a que guarde ganado?

¡Pobre muchacha, lástima me ha dado!

DIEGO: ¡Si no mirara...

LUIS: ¿Cómo es eso, cómo?
 Canas de acero calzan piés de plomo.
 Yo soy quien he tenido
 lo que no puede ser bien parecido.
 Si hacerlo no os agrada,
 no miréis en respetos, que mi espada,
 cansada de matar los enemigos,
 bien sabrá responder a los amigos.

DIEGO: Ya apretáis demasiado.
 Aquí en vuestra presencia he reparado...
 No sé qué soberanos
 impulsos me enmudecen; que las manos
 aun no acierto a movellas.
 Debe ser unión de las estrellas
 lo que aquí me detiene.
 Idos con Dios, pues tanta fuerza tiene
 que no habiendo temido,
 temo venceros por quedar vencido,
 y no pudiendo hablaros
 temo el oiros. Temo el replicaros.

Vase don DIEGO

LUIS: Muerto va y solo quedo.

RODRIGO: Declárate señor.

LUIS: Eso no puedo
 que ahora no conviene,
 que quiero ver si algún remedio tiene
 con el cargo que hoy llevo
 su libertad.

RODRIGO: Ya se ha escondido Febo,
 quédate aquesta noche
 en esta casa.

LUIS: No, camine el coche.
 Pica a Oviedo que importa.

RODRIGO: A Oviedo pica.

LUIS: La jornada es corta.
 (¡Qué triste fue el mozuelo! Aparte
 Más triste quedo yo, sábelo el cielo.)

¡Ay, mi hija querida,
 aún no gozada cuando ya perdida!
 ¿Cuándo querrá mi suerte
 que alegre os goce hasta esperar la muerte?)

*Vanse. Sale LUCÍA con un candilón y los
 vestidos y TORIBIA*

TORIBIA: ¿Cerraste la puerta?

LUCÍA: Sí, ya la he cerrado.

TORIBIA: Cuelga el candilón
 en aquese cravo.

¿Sintióte la ninfa?

LUCÍA: No, ca al ir entrando,
 por no her roído,
 quité los zapatos.

TORIBIA: Pues desnuda presto.

LUCÍA: Ya tienes quitado
 la saya y sayuelo.

Siéntase en el suelo

TORIBIA: Desprende el tocado
 apriesa, Locía,
 mientras me descalzo.

Queda en mantegüelo

LUCÍA: Ya todo está hecho.
 ¿Por qué tas quitado
 los zapatos?

TORIBIA: ¡Bestia!
 ¿Cabrán en los zancos?
 Dácalos acá.

Dale los chapines

LUCÍA: Aquí están.
 TORIBIA: ¡San Pablo!
 Llega acá, Lucía;
 llega, que me caigo.
 LUCÍA: Quítatelos, pues.
 TORIBIA: Yo me iré enseñando,
 ca Amor es maestro
 en aquestos casos.
 Daca los corpiños.
 LUCÍA: Como están cerrados
 por delante...
 TORIBIA: Enseña,
 oigan el diablo,
 por detrás se atacan.

Pónese el jubón

LUCÍA: Las damas de hogaño,
 siguiendo lo culto,
 huyen de lo craso.
 TORIBIA: Pon presto.
 LUCÍA: Ya pongo.
 ¡Cristo soberano,
 cuántos agujeros!
 TORIBIA: No estiraces tanto,
 que me harás caer.
 LUCÍA: Todo está atacado;
 ¿qué quieres ahora?
 TORIBIA: Dame ese refajo.
 LUCÍA: Allá va; ¿qué es esto?

Saca las enaguas

TORIBIA: ¿Qué trojiste, diablo?
 ¿Es frontal de iglesia?
 Ten de aqueste lado.

*Extiéndelas todas, qué han de estar co-
sidas por delante*

¿Quieres apostar
que trojiste acaso
la funda del coche?

LUCÍA: No, que es muy galano.

TORIBIA: Ya caigo en lo que es:
manta de caballo.

LUCÍA: ¿Tan larga?

TORIBIA: Alto, pues;
voyme rodeando
esta faja al cuerpo.

*Va dando vueltas TORIBIA, dándose las enaguas,
y LUCÍA teniendo el otro canto*

LUCÍA: Muy bien lo has pensado,
casi la traía.

TORIBIA: Ata esos dos cabos;
venga ahora esotro
presto.

LUCÍA: No ha quedado
ya más que la ropa.

Pónese la ropa

TORIBIA: ¡Qué cuello tan alto!
Lucía, parece
pescuezo de ganso.

LUCÍA: ¿Por qué así lo hacen?

TORIBIA: Porque yo he pensado
que los traen así
éstas, por si acaso
algún caballero,
tierno enamorado,
quiere visitar

sus compuestos labios,
con el pie de amigo
no pueden lograrlo.

LUCÍA: Esta caja vino
acá entre los hatos.

TORIBIA: ¿Qué hay dentro?

LUCÍA: abellos.

TORIBIA: ¿Si sa trasquilado
con el berrenchín?

LUCÍA: Que son del tocado
tienen trazaderas,
si no es que me engaño,
estos son pericos.

TORIBIA: Pon, que no me espanto
que caiga quien tiene
perico en los cascos.
Daca la valona.

LUCÍA: Está como un mayo;
toma no te ahoje.

TORIBIA: ¿Y padre?

LUCÍA: Sentado
quedaba en el huego
con Sancho tu hermano,
que de estas visitas
quedaba cansado.

TORIBIA: Si por mí pregunta
di que me he acostado.

LUCÍA: ¿Qué hará la señora
cuando ande buscando
sus vestidos?

TORIBIA: Muera,
pues me está matando.
Arrímate á mí.

*Toma el candil LUCÍA, arrímase a TORIBIA y
vanse entrando*

LUCÍA: Válgate el calvario
de Nueso Señor.

¡Linda estás!

TORIBIA: ¿Te agrado?

Vete poco a poco.

LUCÍA: Si yo fuera macho

todo estaba hecho.

TORIBIA: ¡Ay! Amante falso,

aquesto mofrega;

"hábrame en entrando."

*Vanse. Salen ALONSO de Bustos y otros tres
CABALLEROS, con pistolas, botas y espuelas*

ALONSO: Los caballos apartad

detrás de aquese ribazo,

que, según traigo noticia,

presto atajaré los pasos

del que ya segunda vez

más afrentas ha intentado.

Los caballos aun no pueden,

consumidos del cansancio,

pacer la hierba.

CABALLERO 2: El postrero

ha sido bellaco rato

que han llevado.

CABALLERO 3: La noticia

que nos dio aquel aldeano

de los bueyes importó.

ALONSO: Ahí os quedad retirados,

veré si en aquesta casa

quizá quieran hospedarnos

sólo por aquesta noche.

Vanse los tres CABALLEROS

Yo apostaré que acostados

estarán ya. ¡Ah, buena gente!

Da golpes

Abrid. Habladme en entrando.

Sale TORIBIA

TORIBIA: La seña es ésta, aquí estoy
aguardando, Diego Hurtado,
doña Ana soy.

ALONSO: (¡Santos cielos! Aparte
¿Qué es esto?)

TORIBIA: ¿Estan aliñados
los caballos?

ALONSO: (Fingir quiero.) Aparte
Ya están a punto.

TORIBIA: Pues vamos.
(¡Voto al sol, que habéis de ser Aparte
mi marido!)

ALONSO: (El cielo santo, Aparte
sin prevenir, la venganza
la trujo el cielo a mis manos.)

*Llévasela. Sale doña ANA mal vestida
de villana*

ANA: ¿Si habrá mi hermano venido,
que no sé quién me ha quitado
los vestidos que tenía
prevenidos para el caso;
y en buscar éstos que tengo
presumo que me he tardado?
Si bien más segura voy
en este traje.

Salen LUIS y RODRIGO

LUIS: Cansado

llego; mas ¿cómo, Rodrigo,
tendré sin vida descanso?

RODRIGO: Señor, del camino vuelves;
¿qué piensas?

LUIS: He imaginado
el peligro en que a mi hija
dejé entre aquestos villanos,
y así he resuelto decirle
quién soy, y llevarla.

ANA: Pasos
siento. ¿Si es Diego?

LUIS: ¿Qué es esto?
Un bulto, si no me engaño,
miro a la puerta. ¿Quién va?

Llega y agárrala

ANA: ¡No es Diego, ay Dios!

LUIS: Sosegaos.

ANA: Ya os conozco, ya os conozco;
mirad que vendrá mi hermano,
y que si intentáis mi ofensa
tengo valor, tengo manos
para mataros.

LUIS: ¡Ay, hija!
¡Dame mil veces tus brazos!
Soy tu padre, Luis Hurtado
de Mendoza. Trae, Rodrigo,
la yegua.

Va RODRIGO por ella

ANA: ¡Oh, padre amado!
¿Es posible que te veo?
Dame otra vez esos brazos.

*Asómase LUCÍA a la puerta y velos
abrazar*

LUCÍA: ¡Eso sí, cuerpo de tal!
 LUIS: Vente conmigo.
 ANA: ¿Y mi hermano?
 LUIS: Por ahora no conviene
 que sepa quién soy.
 ANA: Pues vamos.
 ¿Ni ha de saber dónde voy?
 LUIS: Después.
 ANA: Besaré tus manos
 dos mil veces:

Sale RODRIGO

RODRIGO: Ya está aquí
 la yegua.
 ANA: ¡Cielos sagrados,
 tal suerte en tanta desdicha!
 LUIS: ¡Vamos!

Vanse y llévansela

LUCÍA: ¡Hábrame en entrando!
 Hoy despacha el viejo verde;
 pardiez, lindo lance ha sido.
 ¡Hola, hao! Que se la lleva.
 ¡Oh Mendo, oh señor, oh Sancho!

*Salen por una puerta don DIEGO y JUANCHO, y por otra
 SANCHO*

SANCHO: ¿De qué das voces? ¿Qué ha
 habido?
 DIEGO: Alguna desdicha aguardo.
 LUCÍA: ¡Que se llevan a doña Ana!
 DIEGO: ¿A quién?

SANCHO: ¿A quién?
LUCÍA: ¡San Hilario!

A DIEGO

 ¿Vos estáis aquí?
DIEGO: Aquí estoy.
LUCÍA: Pues otro "hábrame en entrando"
 [ya se ha llevado] a Toribia.
SANCHO: ¿A mi hermana?
DIEGO: ¡Cielo santo:
 ¿Qué desdichas son aquéstras?
JUANCHO: ¡Bien habemos negociado!
DIEGO: Pues ¿quién se lleva a doña Ana?
LUCÍA: Ese viejo a cuyo cargo
 vino aquí.
DIEGO: ¡Ah falso, ah traidor!
SANCHO: Y a mi hermana, ¿porqué o cuándo
 la llevan?
LUCÍA: Eso no sé.
SANCHO: ¿Y quién hué?
LUCÍA: "Hábrame en entrando."
DIEGO: Juancho, vengan esas yeguas;
 ponte en una al punto, Sancho,
 que yo en estotra tras ellos
 al viento ligero igualo;
 busca a tu hermana, que yo
 busco la mía.
SANCHO: Yo parto
 sin alma, pues que el honor
 y el amor me han robado.
LUCÍA: Adiós, Juancho.
JUANCHO: Adiós, Lucía,
 que allá me llevas mi amo.
LUCÍA: Si encontrases a Toribia dile...
JUANCHO: ¿Qué?
LUCÍA: "Hábrame en entrando."

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

ACTO TERCERO

*Salen TORIBIA, don ALONSO y tres
CABALLEROS*

ALONSO: Pues ¿qué te obligó a decir,
 pastora, que eras doña Ana?

TORIBIA: A ser vos mi confesor
 podiera decir la causa;
 mas ¿qué mayor la queréis
 que mirarme ataviada?
 Con don y unos atavíos
 a cualquier mujer honrada
 la sacan de sus casillas.

ALONSO: ¡Oh, nunca saliendo el alba
 desengañara las dudas
 de mi dichosa venganza!

TORIBIA: Dadle a los diabros, que a todos
 mos mata y mos desengaña,
 de que he podido escurrirme.
 Pero ¿quién, por mi desgracia,
 la seña os dijo?

ALONSO: Es refrán
 que acostumbro; y como a tantas
 voces nadie respondió,
 pareciendo que callaban
 o por temor o por sueño,
 acaso lo dije. ¡Extraña
 manera de vestir! ¿Cómo
 os pusiste las enaguas,
 labradora, de esa suerte?

TORIBIA: Decidme, ¿cómo se llaman?

ALONSO: Enaguas.

TORIBIA: ¡Líbreme Dios!

..... [-a-a]

CABALLERO 1: ¡Graciosa es la labradora!

ALONSO: Y tiene extremada cara.

Ya que hemos errado el tiro,
entretanto que descansan
los caballos, recostaos;
que aquestas umbrosas hayas
servirán de pabellón,
cuando os ofrece la cama
huésped, si bizarro abril
ella florida y bizarra.

TORIBIA: Todos podremos hacerlo,
que, pardiez, de buena gana
durmiera yo a sueño suelto
como un lirón.

CABALLERO 1: ¡Linda gracia!

¿Piensas dejarnos durmiendo
y en un caballo, serrana,
tomar las de Villadiego?

TORIBIA: Nunca malicias os faltan
¿Pues eso había de hacer?
Yo os empeño mi palabra
que heis de echarme menos cuasi
me vaya.

CABALLERO 2: Bien lo declara;
mas será después de ida.

TORIBIA: Pues ¿cuándo?

CABALLERO 3: Denle una estampa
por el aviso.

TORIBIA: Y sepamos,
si yo no soy de importancia
ni en nada les he ofendido,
¿qué me quieren?

ALONSO: Que te vayas;
mas será después...

TORIBIA: ¿De qué?

ALONSO: De que sepas que me abrasas.

TORIBIA: Pues apártese de mí.

ALONSO: Será apartarme del alma.

TORIBIA: Pues ¿quién se la tiene?

ALONSO: Tú.

TORIBIA: ¿Dónde?

ALONSO: En esa hermosa cara.

TORIBIA: El alma de todo un cuerpo
¿cabe en mi cara?

ALONSO: Serrana,
en esos ojos la tienes.

TORIBIA: Aunque fuera de avellana
es imposible caber.

ALONSO: Ese donaire me mata
sin piedad y sin justicia,
que eres dueño de mi alma;
que esos labios de coral
y esas mejillas de grana
me tienen muerto de amores
y que me abraso, serrana,
por servirte.

TORIBIA: Gloria a Dios,
que entramos en la posada;
ya no hay que pasar de ahí.

ALONSO: Pues ahora sólo falta
que, pues el sitio convida,
conmigo no seáis ingrata;
vamos, gozaré tus brazos.

TORIBIA: ¿Gozarme? Aqueso no es nada;
mire si quiere otra cosa;
el hombre es práctico.

ALONSO: Acaba.
¿No te determinas? Pues
considera que a tu casa
no has de volver si primero
no haces mi gusto.

TORIBIA: (¡Mal haya Aparte
mi desdicha y no tener
en aquesta ocasión armas!)

ALONSO: Quedaos vosotros ahí.
Vamos, mi bien.

TORIBIA: (¿Esto pasa?) Aparte

¿Elo no puede ser menos?

ALONSO: ¡Por ningún caso!

TORIBIA: Pues vaya
con el diablo.

ALONSO: Vamos, pues.
Loco voy.

*Van andando, y al pasar por junto a los criados,
TORIBIA le quita la espada a uno*

TORIBIA: ¡Fiera canalia!
Amansad vuestos deseos
con la punta de esa espada.

ALONSO: ¿Qué intentas, bárbara?

Sale SANCHO

SANCHO: (Creo, Aparte
si la vista no me engaña,
que llegamos a buen tiempo.)

TORIBIA: ¿Pensabas que aunque aldeana
rústica, en aquesas sierras,
entre sus peñas criada;
no tengo valor ni manos
para defender osada
el honor, preciosa joya,
vivo caratíel del alma?
Engañáisos, que en defensa
suya os mataré.

ALONSO: Ya pasa
de locura, lo que emprendes,
y por esa misma causa
te he de gozar, o la vida
has de perder.

TORIBIA: ¡Brava hazaña,
para un noble caballero
es ensangrentar su espada
en una humilde mujer!

Mas no importa; ensangrentadla
 si podéis, que--¡vive Dios!--
 caballero de mohatra,
 que teniendo de mi parte,
 la razón que me acompaña,
 la noble sangre que heredado,
 pienso haceros mil tajadas;
 que los galanes de hogaño
 gastan en calzón y mangas.
 Embestí.

ALONSO: ¡Viven los cielos!
 Que en esta ocasión me holgara
 que en tu defensa tuvieras
 quien estorbar intentara
 mi gusto. Acabad, ¿qué es esto?
 Si se defiende, matadla.

SANCHO: No matarán, que aquí está
 quien, saliendo a la demanda,
 os cumplirá ese deseo.

TORIBIA: ¡Hermano, toquen alarma!
 ¡Muera esta gente roín!

ALONSO: Agora saco la espada
 para castigarte.

CABALLERO 2: Huid.

SANCHO: ¡Huid vosotros, canalla!
 Rayo seré de esas vidas.

*Métenlos a cuchilladas SANCHO y
 TORIBIA*

CABALLERO 3: Esos caballos desata.
 ¡huyamos!

ALONSO: ¿Qué es esto? ¿Ahora
 una espada os acobarda?

CABALLERO 1: ¡Pica!

CABALLERO 2: ¡Corre!

CABALLERO 3: ¡Vuela!

ALONSO: ¡Cielos!
 Si no vengo injurias tantas,

¿para qué quiero la vida.

Vanse

SANCHO: Al viento ligero igualan;
 mas ¿por qué culpo la suya
 si tu ligereza es tanta
 que, atropellando respetos
 de tu sangre y de tu casa,
 como una infame ramera
 te sales de ella y te apartas
 de tu padre y de tu hermano,
 desluciendo con infamia
 nuestro honor? Dime, ¿qué ha sido
 de este traje la mudanza,
 de esta deshonra el origen,
 y de esta humildad la causa?
 ¿Quién de ella ha sido ocasión?

TORIBIA: El Amor.

Hace una reverencia

SANCHO: Aquesta daga
 te le sacaré del pecho,
 y pues mis ofensas callas,
 ella me abrirá otra vía
 que me la diga.

TORIBIA: Si basta
 decirlo, yo lo diré.

SANCHO: Di, pues, acaba.

TORIBIA: La causa
 es muy larga para ahora.
 El vestido, de doña Ana,
 que, por gozar la ocasión
 que ella venturosa alcanza,
 me le puse, que el amor
 del forastero que en casa
 estaba, después que vino

ha metido tal cizaña,
 que él ha de ser mi marido
 cumpliéndome la palabra
 que me ha dado. Aquesto es hecho,
 aunque le pese a la ingrata,
 que por él melancoliosa
 tantos enredos trazara,
 o no seré yo Toribia.

SANCHO: Calla, bestia, que es su hermana.

TORIBIA: ¿Mas por Dios?

SANCHO: Y aquesta noche,
 el viejo a quien encargada
 la dejó, se la ha robado.

TORIBIA: ¿Qué me cuentas?

SANCHO: Lo que pasa;
 a Oviedo partió tras ellos.

TORIBIA: ¿Y qué? ¿Es de veras su hermana?

SANCHO: Sin duda.

TORIBIA: ¡Válgame el cielo!
 Parece que ahora el alma
 por el cuerpo se pasea.

SANCHO: Aquesa yegua desata.
 Vamos, porque he de ir tras él
 que también a mí me alcanza
 gran parte de sus desdichas,
 que a su hermana adoro.

TORIBIA: Basta;
 que baselisco el Amor
 corrompió toda la casa.
 Vamos, hermano, que yo
 te sigo a Oviedo, y las sayas
 renuncio y en otro traje
 si el mi querido se halla,
 pardiez, tengo de valerle
 y en su defensa esta espada
 pasará a Oviedo a cuchillo.

SANCHO: Vamos a casa, que en casa
 se dispondrá, y a mi padre
 daremos cuenta. ¡Ay, doña Ana,
 que mereciese tu amor

un hombre que con más causa
 tu padre pudiera ser
 no tu amante!

TORIBIA: Ya es falta
 propia en la hermosura siempre
 el mal gusto; pero calla,
 que por dicha podrá ser
 que sin pensarlo mos salga
 un padre que a ti te quiete
 como me quietó una hermana.

*Vanse. Salen don LUIS con vara, doña ANA,
 RODRIGO, y acompañamiento*

LUIS: Ha mostrado la ciudad
 su lealtad y su valor;
 débolas un gran amor.

ANA: Es de mucha calidad
 lo noble de ella.

LUIS: ¿Pues no?
 Las reliquias de los godos,
 de quien descendemos todos,
 de aquí su origen tomó.
 Para no estar prevenido,
 ha sido el recibimiento
 muy cumplido.

RODRIGO: Estuve atento
 al aseo del vestido
 y del tocado de aquellas
 que delante iban bailando
 de tu persona, admirando
 algunas más que el sol bellas.
 ¡Extraño traje!

LUIS: ¡Extremado!
 Es la nobleza de Oviedo
 ésa que bailaba.

ANA: Puedo
 decir que no me he alegrado
 tanto como hoy ningún día.

RODRIGO: La iglesia mayor es cosa
excelente.

LUIS: Milagrosa.

ANA: Mientras que se proseguía
el recibimiento, a mí
las reliquias me enseñó
el señor Obispo.

RODRIGO: Y yo
también, señora, las vi
contigo, y quedé admirado.

LUIS: Es este antiguo sagrario
un divino relicario
de Europa, a quien han llamado,
Roma de España.

ANA: Si aquí
nuestro ausente se hallara,
con más soseigo gozara
de las grandezas que vi.

LUIS: Dios lo dispondrá. No digas
a nadie que hermano tienes,
pues con eso previenes
aumento a nuestras fatigas.

Sale JUANCHO

JUANCHO: [-el]
..... [-ado]
Juancho, si vienes cansado
sabes lo Dios.

ANA: ¿No es aquél
Juancho?

LUIS: Disimula.

JUANCHO: Aquí
estáis a quien busco yo
hayas mal quien me parió
si no fue clérigo, sí,
no vinieras Juancho ahora,
sólo de Bilbao pruebas,
y al viejo verde te llevas

antes que pasa un hora,
a que gobiernos infierno.

LUIS: ¿Queréis algo?

JUANCHO: Para vos
traigo este. (¡Juras a Dios Aparte
que te despacho el gobierno!)

Dale un papel y empuña la espada

ANA: ¡Juancho, mira!

JUANCHO: ¡Fuego, fuego,
en vosotros! ¿Qué me quieres?
Llevar el diablo mujeres;
la mejor quemarla luego.

ANA: ¿Dónde está mi hermano?

JUANCHO: Ha ido
a cazar grullas.

ANA: Di adónde.

JUANCHO: Juancho en su vida responde
a mujer.

ANA: ¿Tienes sentido?

JUANCHO: A fe que estoy sospechando
después que os fuisteis los dos
no digáis--¡juras a Dios!--
ahora, "habladme en entrando."

ANA: ¡Bárbaro! ¿qué dices?

LUIS: ¡Cielos!
Esto escribe y dice así.
¡Ay hijo amado! ¡Ay de mí!
¡Quién quietara tus desvelos!

Lee

"Ni sois caballero ni puede ser que seáis
bien nacido, porque quien no corresponde
a las obligaciones de serlo, niega lo uno,
desluciendo lo otro. Fiéme en vos; no
acudisteis a vuestras obligaciones, cosa

que no hicierais en tener buena sangre.
 Débeos de animar el verme perseguido;
 pero para que os desengañéis de que en
 cualquier estado tengo el valor que
 heredé de don Luis Hurtado de Mendoza,
 mi ilustre padre, os quedo esperando
 junto a la cruz de Vierzo, donde os
 guiará ese criado. Solo estoy y mis
 armas son una espada y daga; si os
 pareciesen pocas traed las que
 quisiéredes, y si no os atrevéis solo,
 venga quien os acompañe, que, siendo
 como vos, tanto monta.

Don Diego Hurtado de Mendoza"

¡Bien haya quien te parió!

Si mi valor heredaste,
 Diego, ahora lo mostraste.

¡Qué resuelto que escribió!

Es valiente. Dios le guarde.

¿Vos me habéis de guiar?

JUANCHO: Sí.

LUIS: Pues alto, vamos de aquí,
 que no quiero que me aguarde.

ANA: ¿Adónde vas?

LUIS: Aquí voy.

JUANCHO: ¡Juras a Dios, vizcaíno!
 Solo vas, viejo, al camino,
 muchos palos que le doy.

Vanse don LUIS y SANCHO

ANA: Rodrigo, temblando quedo.
 Ve tras ellos.

RODRIGO: Sí, haré,
 y más gente llevaré.

ANA: Que no aguarde tengo miedo
 mi hermano, que es arrojado,
 y sin advertir razones,
 en viéndole, ejecuciones
 dará a un caso desdichado;

que Juancho me dijo agora
que a mi padre está esperando
en el campo; estoy temblando.

RODRIGO: Perdé el recelo, señora,
que prevenido estaré
para lo que sucediere,
y la gente que trujere
retirada dejaré
para que, sin embarazos,
se desengañen los dos.

ANA: Padre, hermano, traigaos Dios
a mis ojos y a mis brazos:

Vanse. Sale don DIEGO

DIEGO: [-arme]
..... [-arme]
..... [-oria]
Basta, cansada memoria,
que dais en atormentarme;
cuando afligido juzgaba
que si la vida faltaba
honor tenía.
Memoria, si la perdía
más vitorioso quedaba,
pues ahora que el honor,
que fue la prenda mejor
que he tenido,
me la arrebató atrevido
de la Fortuna el rigor,
memoria, si bien se advierte,
acordando el trance fuerte,
--¡qué pesar!--
¡Sois la piedra de amolar
del cuchillo de la muerte!
¡Que una mujer que entendía
que en poco el mundo tenía,
--¡qué crueldad!--
intentase sin piedad

tan notable alevosía
 ¡Que un noble me persiguiese,
 que la palabra me diese
 y la quebrase!
 ¡Que afligido me dejase
 y que con mi honor se fuese!

Salen don LUIS y JUANCHO

DIEGO:

Espera junto al caballo
 por si fuese menester.

JUANCHO: Señor, el que está agraviado
 no tiene que hacer más que
 en llegando metes mano,
 y de primer antubión
 el diablo llevas contrario,
 que satisfacción si esperas
 no vales higo.

Vase SANCHO

LUIS: (Aguardando Aparte
 me está ya.) Guárdeos el cielo.

DIEGO: Hasta que pueda mataros
 solamente lo deseo,
 vil caballero, que cuando
 de vos me fío, mi afrenta
 ejecutáis.

LUIS: Reportaos
 y escuchadme.

DIEGO: ¿Qué diréis?
 ¿Que por remedar el daño
 mayor, piadoso trujisteis
 esa mujer, que me ha dado
 para mi deshonor el cielo,
 para mi aflicción los hados?
 ¿Acaso, preguntaos yo,

sois mi tutor?

LUIS: (El muchacho Aparte
está resuelto. Ya es tiempo
preciso de declararnos.)
Diego, veinte años ahora...

DIEGO: ¿Qué tienen que ver veinte años,
con mi agravio? ¡Vive el cielo
que debéis de haber pensado
que soy loco! ¡Alto, sacad
la espada!

LUIS: Terrible caso
será que no me escuchéis.

DIEGO: Más terrible fue llevaros
a mi herniana. Acabad luego,
¿qué os detenéis? Meted mano.

LUIS: Digo que veinte años ha
que por aquel desastrado
caso.

DIEGO: ¿Qué gastáis arengas?
Yo no tengo de escucharos.

LUIS: ¡Vive Dios que habéis de hacerlo!

DIEGO: ¡Vive Dios que he de mataros
si la espada no sacáis!

Sácala don DIEGO

LUIS: (¿Vióse caso más extraño? Aparte
El muchacho está perdido.)
¡Alto! vamos abreviando.
¡Hijo de mis ojos! Yo...

DIEGO: ¿Ya os acogéis al sagrado
de la humildad? Pues conmigo
no ha de valer os. (Si aguardo Aparte
más razones, este viejo
me ha de aplacar, y mi agravio
pierde la satisfacción.)
Pues no queréis meter mano,
haber si ahora lo hacéis.

Tírale y mete don LUIS mano

LUIS: ¿Qué es esto, cielos sagrados?

¡Amado hijo, yo soy...

DIEGO: Un caballero villano
que cuando de él me fié
mi deshonra ha intentado.

*Dice RODRIGO dentro y luego sale con todos los que
pudiesen y embisten a don DIEGO*

RODRIGO: Caminad presto, que ya
los aceros han sacado.

Dentro

¡Favor aquí a la justicia!

DIEGO: Con celada y con engaño
saliste. ¡No importa!

VOZ 1: ¡Muera!

LUIS: Ya no he de poder librarlo,
que si declaro quien soy,
no será posible caso
valerle; quiero callar.
¡Hola, prendedlo o matadlo!

VOZ 2: ¡Muera!

VOZ 3: ¡Muera o dése preso!

DIEGO: Ha de ser hecho pedazos.

Métenlo a cuchilladas

LUIS: Rodrigo, Rodrigo, mira
no me lo hieran, cercadlo;
bien se resiste--¡ay de mí--
Mucho le van acosando,
parece que le han herido.

¡Teneos!

*Salen sobre DIEGO y él herido, y cae a los
pies del padre y quita las armas*

DIEGO: ¡Cielos airados,
que me perseguís! ¿qué es esto?
A los pies de mi contrario
vine a caer.

LUIS: ¡Deteneos,
insolente temerario!
¡Vive Dios que habéis de ver
en un alto cadahalso
vuestra cabeza! ¡Ay de mí!
¡Rodrigo, mira si es algo!

RODRIGO: En la cabeza es la herida.

LUIS: ¡Mal hayan amén las manos
que se la dieron! ¿Qué es esto?
¿Estáis herido? Llegadlo
acá.

DIEGO: ¡Airada Fortuna!
Es éste el último estado
en que pudiste ponerme.

LUIS: No es nada; bien empleado
fuera el haberos abierto
la cabeza y aun mataros.
(No lo quiera Dios.) Aparte

A RODRIGO

Tomad
ese lienzo y apretadlo
en aquella herida.

DIEGO: ¡Ah, pesia!

LUIS: A ver si está bien atado:
llegad acá, no está bueno.

Salen TORIBIA y LUCÍA de hombres, vestidas a lo

*sayagüés, SANCHO y MENDO, y JUANCHO por otra
puerta*

- JUANCHO: Juras a Dios que anda el diablo
suelto, cazolada tienes
de gente el viejo bellajo
escondida.
- TORIBIA: Anda, Lucía.
- LUCÍA: Pardiez que son güenos ajos
éstos.
- SANCHO: ¿Qué gente es aquésta?
- MENDO: Justicia pienso.
- SANCHO: O me engaño,
o es Diego Hurtado el que llevan
entre aquellos agarrado.
Padre, ¿qué habremos de hacer?
- MENDO: Eso pudieras mirarlo
antes de salir de casa;
pero después de hecho el daño,
llegar, librarle o morir,
ya que estamos empeñados.
- SANCHO: ¡Alto, pues! ¡Holal ¿A quién digo?
- MENDO: ¡A mochachos! Retiraos
a aquesta parte.
- LUCÍA: ¡Oh, qué bueno!
No queremos retirarnos.
- TORIBIA: ¿Reti... qué? Aguardad un poco.
¡Hola, fariseos! dadmos
el preso.
- LUCÍA: Dadmos el preso.
- LUIS: (¡Vive Dios que los villanos Aparte
del lugar quieren librarle!
Quizá del cielo guiados
vengan muy en hora buena.)
¿Qué es lo que emprendéis, serranos?
¿No miráis que estoy aquí?
- SANCHO: Por aqueso mismo caso
lo intentamos.
- LUIS: ¿Qué es aquesto?

¿Sois locos?

MENDO: Locos o sabios
 esto ha de ser o sobre ello...

TORIBIA: Suelten all hombre.

LUIS: Tal caso
 no he visto.

TORIBIA: Suelten all hombre.

LUIS: ¡Ah villanos, reportaos!
 Mirad que el gobernador
 de Oviedo os está hablando.

TORIBIA: ¡Mentís, que no es caballero
 quien intenta hacer agravios!

LUIS: ¿Yo, agravios?

LUCÍA: Lo dicho, dicho.

TORIBIA: Claro está, que heis de negarlo
 porque sois un... En defeto
 suelten all hombre.

LUIS: En llegando
 a las manos, tú, Rodrigo,
 le suelta, que por milagro,
 a medida del deseo,
 Dios trujo esta gente.

JUANCHO: Juancho,
 buen paliza se te aliña.

DIEGO: Si me libro de las manos
 del enemigo por ti,
 --¡oh, pastora!--que aunque extraño
 el traje de hombre conozco
 tu valor, por los sagrados
 cielos, que te he de pagar
 mi libertad, obligando
 mi palabra al beneficio.

LUIS: ¡Vil canalla! ¡Ya me canso
 de sufrir! ¡Hola, prendedles!
 Si se resisten, matadlos.

*Embisten con ellos, y en la refriega suelta RODRIGO
a don DIEGO y TORIBIA le da su espada y descíñese la
honda*

SANCHO: ¡Padre, a ellos!
 MENDO: ¡Hijo, a ellos!
 JUANCHO: ¡A ellos tú también, Juancho!
 TORIBIA: Por ese lado, Locia,
 valiente, ve espechonando.
 LUCÍA: Ya te sigo.
 VOZ 1: ¡Mueran!
 VOZ 2: ¡Mueran!

*Métenlos los villanos a cuchilladas. Salen por
 otra puerta RODRIGO, asido de don DIEGO. Hablan
 dentro*

VOZ 1: [-a-o]
 ¡Cielos santos, gran furor?
 ¿son rayos o hombres?

Sale don LUIS

LUIS: Rodrigo:
 haz lo que diré
 RODRIGO: Libraos,
 Diego Hurtado de Mendoza;
 idos, ya estáis desatado.
 DIEGO: Yo pagaré este servicio.
 LUIS: Tenedle, que se ha soltado.
 DIEGO: ¿Qué me persigues? ¿qué quieres?
 LUIS: Dios te libre.

Vanse RODRIGO y don LUIS. Sale TORIBIA

TORIBIA: Diego Hurtado.
 DIEGO: Toribia.
 TORIBIA: Pues ya estás suelto,
 toma esta espada en la mano,
 líbrate, no tengas pena,

que yo seguire tus pasos
en sabiendo dónde vas.

DIEGO: ¿Cómo he de poder pagaros,
Toribia, con una vida,
tantas como me habéis dado?

TORIBIA: No es tiempo de maravillas:
huid.

DIEGO: Obedezco y parto.

*Vase don DIEGO. Salen SANCHO y MENDO,
acuchillándose, por una
parte, y por otra, LUCÍA, y JUANCHO*

TORIBIA: Mueran, o dense a prisión.

SANCHO: Antes muerto que entregado.

Salen don LUIS y RODRIGO

LUIS: ¡Teneos, teneos! ¿Qué es aquesto?

Después que habéis alcanzado
el intento a que venisteis,
¿por qué queréis, temerarios,
abalanzar vuestras vidas
cuando miráis alterado
a Oviedo y que es imposible
con las vidas escaparos?
Daos y creedme, que os juro
si por la fe de soldado
y por la de caballero,
por el hábito que traigo
y por la vida del rey,
que guarde Dios muchos años,
que si os entregáis ahora
debajo de la que he dado,
que no recibáis ofensa,
antes protesto ayudaros,
pues sabéis que debo hacerlo
por tenerlo granjeado

con las pasadas caricias,
con vuestro noble agasajo.

JUANCHO: No le creas, no le creas
con esto quieres pescamos,
y luego estirar el nuez
y allá vas con el diablo.

MENDO: ¿Qué haremos, hijo?

SANCHO: Señor,
si es imposible el librarnos,
damos con este seguro.

MENDO: Sea ansí.

LUCÍA: Ante todos casos,
señor, ¿soltaron all hombre?

TORIBIA: Sí, bestia, ya le soltaron.

LUCÍA: Pues ahora, aunque me ahorquen,
no importa, caquí está Juancho.

JUANCHO: Más valiera no estuvieras.

RODRIGO: La gente se va acercando.

LUIS: ¿Qué resolución tomáis?

MENDO: De que debajo tu amparo
nos entregamos, y advierte
que el que es noble está obligado
a libertar a su amigo
de semejantes trabajos.

LUIS: Eso es cierto; vamos, pues,
entregad las armas.

Entréganlas todos

SANCHO: Vamos.

(¡Ay doña Ana, si pudiese, Aparte
ya que en tus soles me abraso,
merecer un rayo de ellos!)

JUANCHO: Allá le llevas a Juancho,
plegad a Dios que verdugo
no le des carta de pago.

TORIBIA Loca voy con que mi Diego,
Locía, se haya librado.

LUCÍA: Yo con ver que en la prisión

tendré, Toribia, a mi Juancho.

*Vanse. Sale don DIEGO solo por lo alto del
monte*

DIEGO: Ásperos e intrincados laberintos,
claro y undoso río
a quien paga el rocío
en tributos distintos
obediente al que debe
cobrando el que la nieve
de esos montes destila
cuando el invierno afila
sus fríos bostezos,
porque con esperezos
el sol mal abrigado
sale a invadir de luz el verde prado,
y la escarcha en sus faldas
perlas le ofrece en ramos de esmeraldas;
si lastimáis mi suerte
piedades lograréis dándome muerte.
Algo cansado y afligido llego,
fuente, a vuestra corriente,
en vos, sed ardiente
mitigaré que llevo;
bulliciosa os contemplo
de mi inquietud ejemplo,
sed piadosa conmigo.
¿Qué es esto? A mi enemigo
en aquel risco veo.
¡Ah infeliz deseo!
El agua me persigue
porque mi sed en ella aun no mitigue.

Caballero, que esos montes,
quizá pisáis por mi causa
para añadirme desdichas,
como si a mí me faltaran,
bajad, decended al llano,
que en él un hombre os aguarda
que, como nunca ha vivido,

no sabe cómo se llama,
 sólo sabe que la muerte
 bien alegre en sus desgracias,
 ya como cosa perdida
 ni le deja ni le mata.
 Si acaso me conocéis,
 ¿cómo no movéis las plantas?
 bajad, matadme. Con eso
 tendré vida y vos venganza.

Sale don ALONSO

ALONSO: Caballero, a quien conozco
 para mi daño, dudaba
 hasta ahora que mi suerte
 en mi bien se conformara,
 cierto de ella, aunque avarientas
 me niegan paso estas ramas,
 menospreciando su altura
 esculpiré mis estampas

Arrójase abajo

en la arena de ese valle,
 y ya que iguales nos halla
 la suerte, pues en la mía
 también es Fortuna avara,
 conformes en el cansancio,
 iguales con las desgracias,
 por lo menos no diréis
 que os he muerto con ventaja.

DIEGO: La soledad de este sitio
 es tan grande, que no se halla
 que hayan violado sus hierbas
 hasta ahora humanas plantas.
 Siendo nobles, es forzoso
 que quede en esta batalla
 el uno de los dos muerto,

si no es que la suerte iguala
 los sucesos, y es razón
 que aquí nos demos palabra
 de que el que quedara vivo,
 que es una facción hidalga,
 lleve al otro a que le den
 la sepultura sagrada,
 y hasta tanto no le deje,
 que será desdicha extraña
 que al difunto se la den
 una fiera en sus entrañas.
 Pena de mal caballero,
 si no lo cumpliere...

ALONSO: Es tanta
 razón, que juro cumplirlo,
 y porque también se haga
 lo que la nobleza dicta,
 si llegara vuestra espada
 antes a mi pecho, abriendo
 puerta por do salga el alma,
 yo os perdono desde aquí,
 y a la Aurora soberana,
 madre del Sol verdadero,
 que estrellas lucientes calza,
 pongo por testigo.

DIEGO: Y yo,
 y en fe de ello ya os aguardan
 mis brazos.

Abrázanse

ALONSO: Aquestos míos
 confirmarán mis palabras.

DIEGO: ¡Alto, pues, aquesto hecho!
 Empiece nuestra batalla.

ALONSO: Ya os aguardo con la mía,
 meted mano a vuestra espada.

DIEGO: ¡Fuerte pulso!

ALONSO: ¡Gran presteza!

DIEGO: ¡Rayo airado!
 ALONSO: ¡Furia extraña!
 Mi desgracia estoy temiendo.
 DIEGO: Gran desdicha me amenaza
 ALONSO: ¡Ah débil mano! ¿Qué es esto?
 ¿Agora pierdes las armas?

*Cáesele la espada de la mano, va a cogerla y
 detiéndele don DIEGO y cógele la es-
 pada*

DIEGO: Teneos, que ya esta ventura
 para mí estaba guardada.
 ALONSO: Dadme la espada.
 DIEGO: No quiero,
 porque es necesidad extraña
 dar armas al enemigo
 con que logre su venganza.
 ALONSO: Pues matadme, acabad presto.
 DIEGO: ¿Confesáis, viéndoos sin arma,
 que tengo agora en mi mano
 [-a-a]
 vuestra vida, y que no hay cosa
 [-a-a]
 que me lo impida, pues es
 haber perdido la espada
 despojo del vencedor,
 si en vos ha sido desgracia?
 ALONSO: Cuando yo quiera negarlo,
 vuestra dicha lo declara.
 DIEGO: ¿Ya no estáis muerto?
 ALONSO: Si estoy,
 más que de temor, de rabia.
 DIEGO: Si estáis muerto, perdonadme,
 como disteis la palabra,
 que el testigo que pusisteis,
 cuya pureza sin mancha
 aduro, atento nos mira,
 a quien no podéis negarla;

y para que echéis de ver
 que no me incitan venganzas
 a que este perdón os pida,
 tomad, tomad vuestra espada,
 tomad la mía también,

Dale las dos espadas

que aquí rendido os aguarda
 quien ya humilde no os resiste
 cuando soberbio os mataba.

*Híncase de rodillas y levántale con los
 brazos don ALONSO*

ALONSO: ¡Oh, afrenta de los varones
 ilustres, a quien la fama
 eterniza! Aquesos brazos
 me da mil veces, que basta
 tu generosa hidalguía
 para que te perdonara,
 no la muerte de mi primo
 de quien soy parte, mas cuantas
 injurias hacer pudieras
 a mi sangre y a mi casa,
 y si quieres que quedemos
 en facciones tan bizarras
 iguales, dame la muerte,
 que pienso, con perdonarla,
 siendo imposible hacer más,
 que no me lleves ventaja.

DIEGO: Correspondes a quien eres.

ALONSO: Vamos a Oviedo, que el alma
 acreditará con obras
 lo que ofrece con palabras;
 que en León no te está bien
 entrar hasta que, acabadas,
 estén estas diferencias,

mientras el perdón se alcanza
de su majestad.

DIEGO: Amigo,
tu favor me es de importancia
en Oviedo, que esta noche,
si sus tinieblas me amparan,
pienso, cortando dos cuellos,
lavar de mi honor la mancha.

ALONSO: Dispón de mí, pues soy tuyo.

DIEGO: Vamos pues. ¡Ay falsa hermana!
¡Ay aleve amigo! El cielo
me deje tomar venganza.

*Vanse. Salen don LUIS, TORIBIA, LUCÍA, MENDO, SANCHO,
doña ANA, RODRIGO, JUANCHO y gente*

LUIS: Haced que se les aliñen
camas en aquese cuarto,
y con la guarda bastante,
Rodrigo, y con el cuidado
necesario, en su prisión
los tened, que debo honrarlos
por el buen alojamiento
de su casa, aunque han andado
esta tarde inadvertidos.

RODRIGO: De hacerlo tendré cuidado.

ANA: ¡Ay, señor! ¿Vienes herido?

LUIS: No, pero vengo cansado.

ANA: ¡Qué tal refriega tuviste!
¿Y adónde queda mi hermano?

LUIS: Pregúntalo a quien fue causa
que él escapase a mis manos.

ANA: ¿Qué es esto? ¿Qué traje es éste,
Toribia, que habéis tomado?

TORIBIA: Acá es un ciento de nueces.
Dejadme; íos con el diablo,
que vuestas habilidades
nos tienen en este estado.
¿Por qué os huiste, golosmera,

y dejasteis vuestro hermano?

JUANCHO: Porque hombre y vino le quiere
esta mujer de un tamaño.

ANA: ¡Vaya con Dios, qué os parece
cuál me ponen los villanos!

MENDO: No son villanos, señora,
los que estáis vituperando.
Tan buenos son como vos,
que los Díaz asturianos
no deben nada en Oviedo
a los más nobles hidalgos.

LUIS: Teniendo aquese apellido
noble, yo no he de faltaros.
Escuchadme aparte.

Hablan MENDO y don LUIS aparte

ANA: ¡Ay cielos!
¿De qué estás tan triste, Sancho?
Muy agradecida estoy
que por librar a mi hermano
te pongas en tal peligro.

SANCHO: A no haber visto tan claro
que merece vuestro amor
quien hoy os está gozando
y quien de mi casa os trujo,
fuera poco por libraros
volver a Oviedo en ceniza,
débil Troya de mis brazos,
y le hiciera por mi amigo,
--¡viven los cielos sagrados!--
matando a quien le ha ofendido
si no fuera...

ANA: Sancho, Sancho,
reportaos, quizá algún día,
cuando estéis desengañado,
yo podré corresponderos
y vos podréis sosegaras.

LUCÍA: Juancho, cansada me siento

y a questo va muy de espacio.

¿Quieres que aquí mos echemos?

JUANCHO: ¡Dónde!

LUCÍA: En el suelo.

JUANCHO: Estar blando
mucho para mis costillas.

TORIBIA: (Quien tuviera entre los brazos Aparte
a Diego. ¡Ay ausente mío!)

LUCÍA: Gusto me ha dado escucharos
y conoceros.

*Salen don DIEGO y don ALONSO y cogen la
llave*

DIEGO: A tiempo
me parece que llegamos.
Cerrad presto.

ALONSO: Ya está hecho.
La llave se quedó acaso
en aquesta cerradura.

Dale una llave

DIEGO: Echad la loba; arrimaos,
don Alonso, en esa puerta,
no se alboroten hidalgos,
que acá estamos todos.

LUIS: ¡Cielos!
¿No es éste Diego?

RODRIGO: Soñando
estoy. ¿Y también no adviertes
que le viene acompañando
don Alonso, su enemigo?

ANA: Alguna desdicha aguardo.

TOBIBIA: ¡Ay, Diego del alma mía!

JUANCHO: Juras a Dios que es mi amo.

DIEGO: No quiero gastar el tiempo

en quejas de vuestro trato,
 que ésas las publica el mundo
 y por aqueso las callo.
 Tampoco quiero quejarme
 de aquesa mujer que al lado
 tenéis, que al fin es mujer,
 y la más fuerte, de barro.
 La pendencia de esta tarde
 tampoco quiero acordaros,
 que aquesa yo os la perdono,
 pues por ella he granjeado
 a don Alonso de Bustos
 por mi amigo y por mi hermano.
 Al fin, yo no vengo a quejas,
 sólo vengo a que la mano
 deis luego a aquesa señora.
 ¿Qué miráis? ¿Qué estáis dudando?
 ¿Podéis vos ser mejor que ella?
 No--¡voto a Dios!--esto es llano;
 vuestra mujer ha de ser;
 aquí estamos encerrados.
 Ésta es la llave, acabemos,
 o os haré tantos pedazos
 que en el aire...

LUIS: Caballero,
 escuchadme y reportaos.
 En cuanto a ser su marido,
 eso no puedo negarlo
 que conque un impedimento
 allanéis fácil, es llano
 que me casaré con ella.
 En cuanto haberos quejado
 de que a vuestra hermana truje,
 respondo, señor, que es tanto
 lo que la quiero, que un punto
 fuera imposible apartarnos
 sin que muriera, y así
 el Amor en este lazo
 me disculpa, y pues que estoy
 a cuanto me pedis llano,

contadme vuestro suceso
con don Alonso.

ALONSO: No es caso
que admite corto progreso;
sólo sabéis que obligado
del valor, de la hidalguía,
digna de esculpirse en mármol,
de don Diego, a quien le debo
la vida, le he perdonado
la muerte, pues que soy parte,
por ser deudo el más cercano
de mi primo, y autorizo
esta amistad con mis brazos.

DIEGO: Ya que habéis sabido aquesto,
qué se ha de allanar sepamos;
porque en habiendo imposibles
los allane con mataros.

SANCHO: ¡Santos cielos, esto es hecho!
En brasas estoy temblando.

LUIS: En fin, ¿no puede ser menos
sino que hemos de casarnos?

DIEGO: O morir en la demanda.

LUIS: Pues alto, traigan despachos
de Roma.

DIEGO: Pues ¿para qué?

LUIS: Para que se case, es claro,
una hija con su padre.
Dadme esos brazos, amado
hijo, que tu padre soy.

DIEGO: ¿Mi padre?

TORIBIA: ¿Hábrame en entrando."

LUIS: ¡Ay hijo! ¡Ay prenda querida!
Dadme vos también los brazos.

A ALONSO

ALONSO: Seré desde hoy vuestro hijo.

DIEGO: ¿Es posible, padre amado
que llegue a ver este día?

LUIS: Dale tú la mano a Sancho,
Ana, que estoy satisfecho,
de que es por linaje hidalgo.

ANA: Con mucho gusto la doy.

SANCHO: Yo estoy loco en bienes tantos.

DIEGO: Siendo así, Toribia mía,
según me siento obligado,
no hago nada aunque entrego
el alma con esta mano.

TORIBIA: Honor de los zaragüelles,
aceto.

LUCÍA: Querido Juancho,
¿quieres ser mi matrimonio?

JUANCHO: Pues que tocas a rebato,
Juancho, ¿qué puedes hacer?
¡Juras a Dios que me caso!

DIEGO: Don Alonso, a mi prima,
que es un ángel soberano,
te ofrezco.

ALONSO: Su cielo adoro,
y ansí quedo bien premiado.

LUIS: Por el perdón partan luego
de su majestad, y en tanto
te doy la ciudad por cárcel.

MENDO: Gocéisos muy largos años.

RODRIGO: Ya es hora que descanséis.

TORIBIA: Y si acaso os ha agradado
esta comedia, os suplico
que premiéis nuestro trabajo
y deseos, con decirnos
"¡vitor!" Habladme en entrando.

FIN DE LA COMEDIA